

## REFORMA SIGLO XXI

# MADRE ARAÑA (FRAGMENTO 9)

■ ■ Astor Ledezma\*

### NOTA DE LA REDACCIÓN

*Agradecemos la gentileza de Astor Ledezma, escritor monclovense, por permitirnos la reproducción del presente fragmento de “Madre Araña”, novela de su autoría que fue presentada el mes de octubre de 2019 en el Museo Coahuila y Texas de nuestra vecina ciudad acerera.*

Estaba sentada en primera fila. La ceremonia iba a comenzar.

Recibí la invitación hace un par de semanas: me habían nominado a la presea “Mujer de honor” que otorga el gobierno del estado por mis actividades sociales. A cierta funcionaria le llamó la atención la fundación que dirijo: en ella coordino brigadas y llevo terapia psicológica a sectores vulnerables. Siempre he creído que la violencia en dicho estrato se combate, además de la educación, con buena estabilidad emocional.

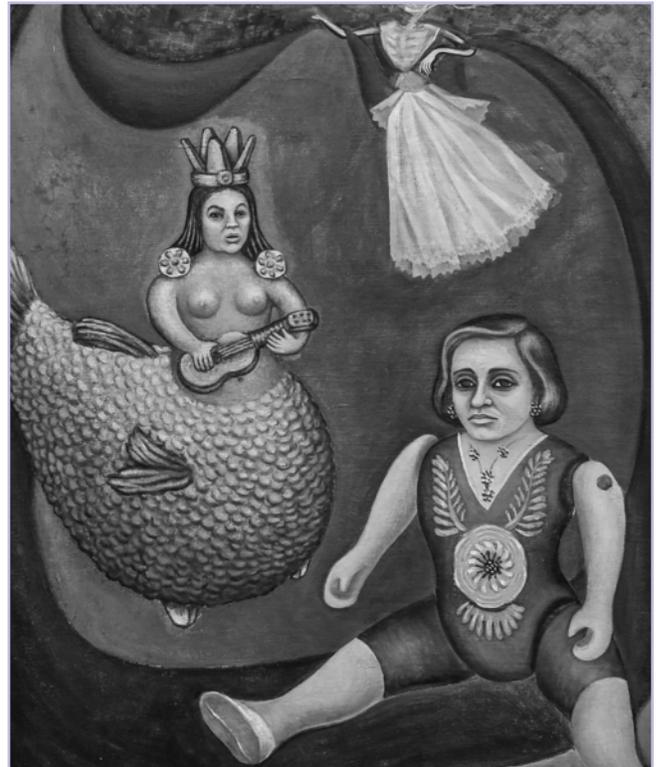
Eran varias candidatas. El conductor del evento mencionaría a las tres personas premiadas, luego una breve semblanza de cada una de ellas.

El tercer lugar fue otorgado a una chica que estudiaba un doctorado en Alemania. Ella trabajaba en el desarrollo de un artefacto que, por medio de estimulación magnética en el cráneo, ofrecía una alternativa para tratar la depresión. En aquel momento sentí que no había posibilidades: difícilmente mi labor podría superarla.

Para mi enorme sorpresa, el conductor anunció mi nombre y pasé a recibir el diploma del segundo

lugar. Seguramente el quehacer con la gente humilde conmovió a los jurados. Los pobres siempre dan esa ventaja.

El ambiente se puso tenso. La expectativa aumentó cuando estaban por anunciar a la ganadora. Debería ser, pensaba yo, una mujer cuyo esfuerzo aportara un enorme beneficio a la sociedad y por otra parte, algo que resultara conmovedor.



Concha, Aurora y Frida

\*Ingeniero Químico Metalúrgico y Maestro en Administración por la Universidad Autónoma de Coahuila. Becario del PECDA Coahuila 2015 en la disciplina de literatura. Mención honorífica en el Premio Nacional de Cuento Criaturas de la Noche, 2007. Ha publicado cuentos en revistas literarias y en antologías de México y Estados Unidos. Autor de Piel oscura (El Zanate, 2017) libro de cuentos que fue traducido al zapoteco. Actualmente es director del Museo Coahuila y Texas de Monclova y conduce el programa de radio de fomento a la lectura “Alas de papel”.

El conductor sacó el sobre. Dijo el nombre en voz alta y enseguida se reprodujo en video la semblanza de la ganadora. Sentí una sorpresa movida quizá por la indignación. Luego miré a la chica del tercer lugar. Ella levantó las cejas, apretó los labios. Era de no creerse.

La afortunada: una mujer que limpiaba casas, lavaba ajeno, juntaba latas de aluminio para mantener a sus hijos discapacitados.

Subió al escenario con ojos llorosos, agradeció a la gente con monosílabos, mencionó que solamente había estudiado hasta segundo de primaria y este premio la impulsaba a seguir adelante.

Su discurso, que se esperaba de al menos de un par de minutos, no superó los veinte segundos. Luego volteó a ambos lados, deseando que alguien la rescatara. Levanté la mano, hice una seña al conductor y me aproximé al micrófono. El hombre anunció que una de las ganadoras quería dar unas palabras y me cedió el lugar.

Frente a la multitud, tomé aire y empecé el discurso espontáneo: Para los miembros del jurado. Agradezco que valoren mi trabajo y sean parte de un proyecto que intenta reducir la brecha de igualdad de género. Lo que no entiendo es su postura misógina que los hace concebir la maternidad como una condena y las mujeres que son madres, como mártires. Compañera, me dirigí a la ganadora, es una pena que tus hijos sean discapacitados, pero no esperes que te premien por sacarlos adelante, esa es tu obligación, en ese momento levanté el dedo índice y la señalé. Como si el gobierno te hubiera embarazado y ahora quieres que te ponga una estrellita en la frente. Aquí les dejo su pinche diploma, y espero que el año siguiente elijan con la cabeza y no con las entrañas. Dejé el reconocimiento y me fui. Hubo un silencio en el auditorio, interrumpido a veces por rumores de la gente. Nadie me quitó el micrófono. Eso lo aplaudí.

Luego de llegar a casa y pensar lo sucedido, comprendí, constaté, mejor dicho, que tenía problemas con mis arranques de enojo.



Quien elige estudiar psicología lo hace con una intención inconsciente: curarse a sí mismo más que atender a los demás.

Desde niña sabía que había problemas con mi mente. Cuando viajaba en coche con mi madre, veía a la gente parada en la acera y fantaseaba con tomar el volante y dirigirme hacia allá para pasarles el auto por encima. En otras ocasiones, cuando me sentaba en el asiento trasero, me asomaba a la ventana y apenas oía a una persona, le decía en silencio: Te vas a morir. Extendía los dedos índice y pulgar, simulando pistolas, y ¡pum, pum, pum! Imaginaba el disparo en la cabeza, la explosión de los sesos, el cuerpo tirado en el charco de sangre.

Con el paso de los años sublimé aquellos deseos. Acciones menos drásticas, pero a fin de cuentas destructivas. Recuerdo la vez que tomé una ficha y rayé el coche de mi exnovio, o el día que usé las redes sociales para dañar la reputación de una chica que le coqueteaba a dicho ex.

Comencé a visitar psicólogos, psiquiatras, ingesta de antidepresivos, pero nada parecía funcionar. Tenía temporadas de “normalidad”, días en que salía a la calle como cualquier ciudadano a estudiar o hacer mis compras, pero el resto del tiempo, sobre todo en las noches, me debatía entre el suicidio o seguir soportando mi estado de ánimo con la esperanza de que iba a mejorar.

Terminé la carrera. Apoyé a decenas de personas con problemas similares al mío, pero no pude resolver mi pesar. Hasta entonces había mantenido mi problema oculto: los pacientes no podían saber que alguien más enfermo que ellos pretendía ayudarlos.

Fue el día de la premiación que noté que mis conflictos me estaban rebasando. Nadie querría atenderse con una mujer desequilibrada y fuera de sí.

Continué mi terapia, pero ahora cargaba un lastre mayor: sentía una profunda culpa por aquella mujer a la que increpé. El momento más feliz de su vida, así lo refirió en el discurso, arruinado por una persona terriblemente envidiosa. La imaginaba llegando a su casa, los hijos exigiendo los detalles del evento. Ella vuelve a llorar, un llanto más sentido que en la ceremonia, y les comparte mis palabras de

desprecio. Los hijos quizá me odien sin conocerme.

La idea se convirtió en una obsesión que no me dejaba descansar. Mi estado emocional se fue deteriorando hasta que el suicidio tomó nuevamente mi pensamiento. Ahora lo veo como algo absurdo, pero ya se sabe: los problemas se magnifican en la mente del depresivo.

La muerte es también una forma de liberación. Mi terapeuta no logró disuadirme. Le puse fecha al final a mi vida. Me enfoqué en cumplir mis sueños alcanzables: un viaje por el sur de México, luego regresar a morir. Me despedí de él: tantos años de terapia habían creado un vínculo muy fuerte. Me ofreció una disculpa: mi caso había sido una derrota para él como psicólogo. Me dio un fuerte abrazo, cosa que nunca había hecho, y me deseó buena suerte.

Luego de algunas semanas de viaje por pueblos pequeños, selvas, sitios arqueológicos y lugares oníricos que no habría podido imaginar con la depresión que me cargaba, regresé a mi ciudad con la firme intención de colgarme de una viga.

La última visita que hice fue a la casa de una colega. Me había invitado con insistencia y decidí platicar con ella. Cuando entré a la sala vi a una joven mujer que al parecer me aguardaba.

—Me tomé la libertad de compartirle tu caso. Ella fue mi paciente hace meses. Tuvo dos intentos de suicidio, hasta que alguien le habló del encuentro con la diosa Aracne. He estudiado el fenómeno recientemente. Quizá pudiera ser alternativa con pacientes que no muestran mejoría ante los fármacos.

La chica se presentó. Habló largamente de la experiencia que “sanó su alma” y al final, y con el apoyo de mi colega, me instó a probar la opción. Acepté con cierto recelo. No tenía nada que perder.



Luego de agendar la cita y hacer un ayuno de ocho horas, llegamos al quirófano del doctor Sergio. Le pedí que me explicara cada cosa que tenía en el lugar. Había un carro de paro con desfibrilador, jeringas, unidades de adrenalina y atropina, suero para emergencias, tanque y mascarilla de oxígeno. Al

parecer estaba prevenido para cualquier emergencia. Sentí confianza cuando mostró su título de médico. Me recosté en la camilla que tenía al fondo del remolque. El quirófano estaba adaptado a un camión que podía trasladarlo según conviniera.

Mientras ponía anestesia local en la zona en que iba a inyectar el veneno, explicó que sentiría una especie de hormigueo, quedaría inconsciente en unos minutos, tiempo que variaba entre cada paciente, y antes de caer en paro respiratorio, ellos habrían de reanimarme. Mi pulso estaría monitoreado en todo momento.

Estuve observando cada rincón, a los médicos que atendían los aparatos, el techo blanquísimo, a mi amiga y a la chica sentadas muy cerca de mí. Poco a poco el sueño me fue venciendo, la somnolencia me cerró los párpados y ya estaba caminando en un lugar oscuro, muy húmedo y algo frío. Me bastaron un par de pasos para verla frente a mí: inmensa y



Argumento dramático

altiva, avanzaba a mi encuentro con porte fúnebre. Me deshice en llanto al tenerla cerca. Eugenia, le dije entre sollozos; no podía ver su cara pero reconocí a mi abuela en aquel ser. Me abandoné a sus brazos, me apoyé en su pecho. Ella acariciaba mi cabello, me besaba la frente y en silencio me ofreció todo su amor que me hubiera gustado recibir de niña. Las lágrimas no dejaban de fluir. Tomó suavemente mi cabeza y la apoyó en su cuello. Yo besaba sus hombros, aspiraba su olor y recordaba el perfume de flores de azahar que usaba todas las mañanas. Qué bueno que viniste, Eugenia, le dije con la voz más dulce que me pudo brotar. Ella abrazó mi torso sin dejar de tocar mi cabello, luego dos brazos me tomaron la cintura y otros dos de las piernas. Abuela me fundía a su cuerpo con sus ocho extremidades,

y yo gozaba cada instante de ese encuentro tan glorioso, tan apasionado. Un manto de seda blanca me envolvía completa mientras yo, embelesada, me dejaba llevar por ese amor que nunca había experimentado. Fue entonces que abrió sus fauces y, con la misma paciencia con que me inmovilizó, se dispuso a devorarme. Me entregué a la muerte placentera, como el amante de la viuda negra que pierde la vida por un orgasmo, cuando un golpe de luz me sacó del ensueño. ¿Me escuchas?, preguntó el doctor Sergio. Miré asustada el quirófano, a mi amiga, a la chica que nos llevó hasta ahí. Me cubrí la cara. Empecé a llorar. Me sentí ligera. Es increíble lo que puede hacer un poco de afecto. La chica dio unos pasos, me tomó la mano. Ya todo terminó, dijo con suavidad. Solté un suspiro, cerré los ojos. Gracias Eugenia, susurré.



Niños buscando la paz